

su multitud; pero cuando era mas fuerte la pelea, aparecieron del cielo á los adversarios cinco hombres (cinco ángeles en forma de hombres) sobre caballos adornados de oro, guiando á los Judíos. Dos de ellos teniendo en medio al Macabeo, y cubriéndole con sus armas, le conservaban sin lesion, arrojando al mismo tiempo todos cinco contra los enemigos dardos encendidos y rayos que traspasaban á unos, quemaban á otros y ponian á todos en confusion y desórden.

Derrota de Timoteo y sitio de Gazara.

Ya se deja conocer cuál seria la derrota de este ejército de infieles, atacados á un tiempo por los ángeles del cielo y los hombres mas valientes de la tierra. Veinte mil y quinientos soldados de á pié quedaron tendidos en el campo de batalla, y seiscientos de á caballo. Atónito Timoteo, huyó despavorido á Gazara, plaza cercana y fuerte, en la que mandaba su hermano Chereas. Allí se encerró con las reliquias de su ejército destrozado, y se hizo fuerte con la guarnición de su hermano. Los ángeles desaparecieron concluida la batalla, y Judas y sus tropas siguieron á Timoteo y las suyas, cercaron á Gazara, donde se habian encerrado, y ya iban cuatro dias que la batian con la alegría que les causaba su victoria, cuando los sitiados, confiados en la fortaleza de la plaza, al ver que no la asaltaban, principiaron á insultarlos sin medida, y á proferir palabras abominables y horrendas blasfemias.

Rasgo de valor de veinte jóvenes, y destruccion de Gazara.

Al oirlas veinte jóvenes del ejército de Judas, llenos de indignacion contra los blasfemos, y de celo por la honra de Dios, se acercaron con denuedo al pié del

muro, y al resplandecer el dia quinto del sitio, emprendieron escalarle. Subian, dice el sagrado texto, con un ánimo feroz; es decir, como si fueran tigres ó leones. Derribaban con terribles estocadas cuanto se les oponia, y luego se les vió triunfantes sobre el muro. Sus compañeros corren á segundar su valor. Unos siguen en pos de los primeros, otros encienden las puertas, otros derriban las torres, y todos se esfuerzan por quemar vivos á los blasfemos. Judas abandonó esta abominable ciudad á un saqueo que duró dos dias enteros, y la redujo á ruinas.

Muerte de Timoteo.

Cuando la derribaban y destruian, encontraron á Timoteo que se escondia en un lugar (cueva dicen unos, y otros pozo ó cisterna), y allí mismo le mataron. Tambien mataron á Chereas, su hermano, y á Apolofanes, oficial de mucha cuenta. Tan felices y tan milagrosos sucesos pedian de parte de Judas y sus tropas un reconocimiento inexplicable. Victoriosos y enriquecidos con el botin, volvieron á Jerusalem, bendiciendo al Señor que habia hecho cosas tan grandes en favor de Israel. Se dirigieron al templo, y en el mismo lugar donde antes habian gemido, cubiertas sus cabezas de polvo, cantaban himnos y salmos al Señor que habia enviado hasta cinco ángeles en su defensa y para su triunfo.

Lisias va contra la Judea con un formidable ejército.

No tardó Lisias, regente del reino, en saber con gran sentimiento esta ruidosa desgracia, que tanto perjudicaba á los intereses del rey su pupilo, y luego juntó en los contornos de Antioquia un ejército de ochenta mil

infantes y toda la caballería, que se componía de millares, y se dirigió contra los Judíos. Lisias creyó que esta vez no podrían resistirle, y se lisonjeaba de que tomaría á Jerusalem: que echaría de ella á todos sus habitantes, y llevaría en su lugar colonias extranjeras: que pondría el templo á ganancia y sacaría grandes sumas de dinero como de los otros templos de los gentiles; y que vendería todos los años el sumo sacerdocio. Todo esto pensaba Lisias sin acordarse del poder del Omnipotente. Al contrario en el desenfreno de su entendimiento solo contaba con la multitud de su infantería, los millares de su caballería y con ochenta elefantes. Con este ejército entró en la Judea; principió á combatir sus fortalezas, y acercándose á la ciudad de Betsura, que, como ya hemos visto, era una plaza fuerte situada en un paso muy estrecho á cinco estadios de Jerusalem, combatía aquella plaza. Mas cuando Judas y los que estaban con él conocieron que eran combatidas las fortalezas, rogaban al Señor con gemidos y lágrimas y juntamente todo el pueblo, que enviase un buen ángel para la salud de Israel.

Un ángel anima á los Judíos y destruyen á Lisias.

Judas tomando el primero las armas, exhortó á los demás á exponerse como él al peligro, y á dar auxilio á sus hermanos; y saliendo de Jerusalem con ánimo resuelto, se les apareció uno de á caballo (un ángel) que les precedía, vestido de blanco con armas de oro, y vibrando su lanza. Entonces, todos á una, bendijeron al Señor misericordioso, cobraron grande ánimo, y se sintieron prontos para combatir, no solo con los hombres, sino tambien con las bestias mas feroces, y para atravesar los muros de hierro. Iban, pues, denodados, teniendo del cielo al Señor por ayuda, y por señal de su misericordia sobre ellos; y arrojándose como leones so-

bre los enemigos mataron once mil de á pié y mil y seiscientos de á caballo, poniendo á todos los demás en huida, y la mayor parte de los que se salvaron no fué sino heridos y desnudos (desarmados); y hasta el mismo Lisias no se libró, sino huyendo vergonzosamente (arrojando las armas). No dice el texto sagrado que este ángel entrase en batalla, como los cinco que batieron á Timoteo, y parece que su aparición solo fué para animarlos y desaparecer luego.

Lisias derrotado propone un convenio á los Judíos y le aceptan.

Era preciso que Lisias hubiera perdido el sentido para no conocer que había alguna cosa singular en tan grandes é inesperados sucesos. Era ya esta la segunda vez á lo menos que se miraba derrotado por un puñado de gente, á cuya presencia habían desaparecido en los años anteriores los mejores ejércitos del reino. Lisias no era un insensato. Hizo serias reflexiones sobre sus derrotas; conoció que los Hebreos eran invencibles, cuando, fieles á su religion, ponían su confianza en su Dios, y por esta vez trató de avenirse con ellos. Desde el punto donde pudo reunir una parte de sus tropas dispersas les envió embajadores para una composición, prometiendo: que consentiría en cuantas condiciones razonables tuviesen por bien proponerle, y haría que el rey fuese en adelante su amigo. Convino el Macabeo en la negociacion que proponía Lisias, mirando en todas las cosas por el bien de la nacion. Extendió las condiciones del tratado, siendo la primera el restablecimiento de la antigua libertad de los hijos de Israel, sobre todo en lo que miraba al culto del Señor, y á la observancia de sus leyes y costumbres; sometiéndose ellos al mismo tiempo á los tratados hechos entre los reyes de Siria y el pueblo de Dios. Estas condiciones

reconocidas y firmadas por los ancianos del pueblo fueron llevadas á Lisias por los judíos Juan y Abesalon, diputados para este objeto, los que partieron al cuartel general, acompañados de los diputados de Lisias. Este remitió luego al rey, que estaba en su corte de Antioquía, las condiciones del tratado con los Judíos, quedando cerca de su persona los diputados, á los que trató con mucha distincion. No tardó Lisias en recibir la contestacion del rey en dos cartas dirigidas, una á él mismo y otra al senado de los Judíos. Entregó esta á los embajadores judíos acompañada con otra escrita de su parte, y concebida en estos términos.

Carta de Lisias al senado de los Judíos.

« Lisias al pueblo de los Judíos, salud. Juan y Abesalon que fueron enviados por vosotros, entregándome vuestros escritos, pidieron que yo cumpliese lo que ellos me habian venido á significar. Yo hice presente al rey cuanto se le podía representar, y el rey otorgó cuanto le permitia el estado de sus negocios; por lo que, si fuéreis leales al rey, yo tambien os procuraré de aqui en adelante todo el bien que dependiere de mí. En lo demás que pudiera escribiros, he encargado á vuestros embajadores y á los míos, que todo lo confieran con vosotros. Tened salud. El año ciento cuarenta y ocho á los veinte y cuatro dias del mes Dioscoro. »

Carta del rey Antíoco á Lisias.

La carta que el rey envió á Lisias, con la que dirigió á los Judíos, era la siguiente : « El rey Antíoco á Lisias, su hermano, salud. Despues que el rey, nuestro padre, fué trasladado entre los dioses, Nos, deseando que los que estan en nuestro reino vivan en sosiego, y se apli-

quen á sus cosas, hemos oido, que los Judíos no condescendieron con mi padre en ser trasladados al rito de los Griegos, sino que (quisieron) y quieren retener sus costumbres, y por esto nos piden que les concedamos sus leyes. Deseando, pues, Nos, que esta nacion esté tambien en sosiego, hemos ordenado y decretado que les sea restituido el templo para que vivan segun las costumbres de sus mayores. Harás, pues, bien si enviares á ellos, y les dieres la diestra (ajustares la paz) para que, sabiendo nuestra voluntad, tengan buen ánimo y atiendan á sus propios interéses. »

Otra del mismo al senado de los Judíos.

La que envió á los Judíos era esta : « El rey Antíoco al senado y á los demás Judíos, salud. Si estais buenos, estais como deseamos. Nos tambien gozamos salud. Menelao ha venido á nosotros, exponiendo : que deseais tratar con los vuestros que estan con nosotros; y condescendiendo con vuestros deseos, damos la diestra de seguridad (pasaporte ó salvoconducto) á todos los que viniesen hasta el dia treinta del mes Xantico. Concedemos además á todos los Judíos, que usen de aquellas viandas que les estan concedidas por la ley (y no se les obligue á tomar otras), y que se gobiernen por sus antiguas costumbres. Finalmente, queremos que á ninguno de ellos se cause molestia sobre lo que por ignorancia ha pasado, y enviamos tambien á Menelao para que trate con vosotros. Tened salud. El año ciento cuarenta y ocho, á los quince dias del mes Xantico. »

Este Menelao de quien habla la carta del rey, no es el furioso y falso pontífice, á quien vimos cometer tantas atrocidades contra el verdadero y santo pontífice Onías y contra toda la nacion. El resto de la vida de este intruso y su funesta muerte nos darán bien presto á conocer que, aun cuando vivia en este tiempo, estaba muy

léjos su corazón de ser á propósito para tratar de la paz y prosperidad de su patria.

Los negocios de los Judíos se hallaban en un estado muy ventajoso. Lisias los temia, y el jóven Antiocho consentia en la pacífica posesion del templo y la libertad de seguir su religion; pero lo hecho hasta ahora sobre el tratado de paz no era sino preliminares, y este importante negocio debia concluirse en Antioquia, adonde habian de ir los diputados judíos para convenir en los artículos propuestos y firmarlos por ambas partes; mas como los Judíos conocian por demasiadas experiencias el genio de la corte de Siria, quisieron tener quien les apoyase para concluir felizmente el tratado.

Poder de los Romanos y recurso de los Judíos á él.

Estaba ya entonces Roma en disposicion de poner respeto á los mas poderosos monarcas del oriente, y sus insinuaciones eran leyes de las que no se podia huir sin peligro. Tenian sus legados en la corte de Antiocho y al presente en el campo de Lisias, y los Judíos acudieron á ellos, pidiendo su proteccion para la buena conclusion de este asunto. Los Romanos se aprovechaban de todo para engrandecerse, y con el bello pretexto de sostener á los débiles, enflaquecian á los fuertes. Sobre este plan de su política no dejaron pasar tan buena ocasion de mantener en el seno de la Siria una nacion belicosa y capaz de resistir á todas sus fuerzas, como era la judía, á fin de tener á la Siria ocupada y enflaquecida. Recibieron, pues, los legados romanos con mucha atencion y cortesía la demanda de los Judíos, y los escribieron una carta llena de benevolencia, que es la siguiente :

Carta de los Romanos al pueblo de los Judíos.

« Quinto Memmio y Tito Manilio, legados de los Romanos al pueblo de los Judíos, salud. Las cosas que Lisias, pariente del rey, os otorgó, tambien nosotros os las otorgamos : mas por lo que juzgó comunicar al rey, despues de haberlo deliberado atentamente entre vosotros, enviadnos cuanto antes alguno para que determinemos, segun os convenga, porque nosotros vamos á salir para Antioquia, y por esto os daréis prisa á responder á fin de que sepamos lo que quereis. Tened salud. En el año ciento cuarenta y ocho á los quince dias del mes Xantico. »

Debilidad del convenio entre Lisias y el pueblo judío.

Mucha razon habia para esperar que una tregua pedida por el general y regente Lisias, en vista de tantos sucesos infelices como habian experimentado sus tropas, parase en una paz duradera, la que, al parecer, se deseaba por ambas partes, y en la cual los Romanos, tan respetados ya y tan temidos, se ofrecian á ser mediadores; sin embargo, los Judíos no sacaron del convenio todas las ventajas que esperaban, y que les eran debidas.

Lisias se volvió á Antioquia al lado del rey, y los Judíos, creyendo que tendrian paz y gozarian de sosiego en virtud del convenio, se entregaron á cultivar sus tierras, que habian estado en gran parte abandonadas con motivo de tantas guerras. Mas fuese que Lisias hubiese dado sus órdenes secretas á los gobernadores que rodeaban la Judea; ó que no pudiese impedir por su poca autoridad, como sucede en las minorías de los reyes, que los gobernadores obrasen arbitrariamente y con demasiada independenciam de la corte; lo cierto es, que estos

gobernadores pasaron por sobre el convenio y continuaron haciendo la guerra á los Judíos. Los que mas se distinguieron en este atropellamiento fueron Timoteo, Apolonio, Jerónimo, Demofon y Nicanor; y sobre todos, los habitantes de Jope, puerto del mar Mediterráneo, que cometieron con los Judíos la mas negra perfidia.

Crueldad que los habitantes de Jope cometieron con los Judíos.

Convidaron á los que vivian entre ellos á que entrasen con sus mujeres é hijos en unos barcos que tenian prevenidos, y que les acompañasen á una diversion en el mar, y ellos condescendieron sin el menor recelo, porque estaban bajo la proteccion de la ciudad y de la paz hecha en la Siria; mas cuando ya se hallaron en alta mar, sumergieron en ella á todos los Judíos, hombres, mujeres y niños en número de doscientos.

Los castiga Judas ejemplarmente, y castiga tambien á Jamnia.

Judas se hallaba en Jerusalem cuando supo esta crueldad, y no podia comprender porqué tantos ejemplos de severidad como habia usado en semejantes ocasiones, no contenian en su deber á estos bárbaros; pero ahora mas que nunca conoció, cuán irreconciliable era con el pueblo de Dios el aborrecimiento de los gentiles, y que no habia que esperar reposo con ellos, sino exterminándolos. Al momento ordenó á sus soldados que tomasen las armas, é invocando el nombre de Dios, justo Juez, marchó contra los asesinos de sus hermanos. Llegó á Jope de noche, pegó fuego al puerto, quemó cuantos barcos se hallaban en él con todos los que ocupaban, é hizo pasar á cuchillo á los que perdonaban las llamas.



Era su designio tomar la ciudad y exterminar todos los Jopitas; pero habiendo sabido que los de Jamnia querian cometer igual atentado con los Judíos que moraban entre ellos, corrieron á su socorro, los sorprendió tambien de noche, quemó su puerto y todas sus naves, y fué tal el incendio que se veian las llamas desde Jerusalem, distante diez leguas. Hechos estos dos escarmientos no pudo Judas detenerse por entonces á tomar á Jamnia y á Jope para hacer otros en ellas, porque Timoteo, distinto del general de este nombre que fué muerto en Gazara, habia vuelto á encender la guerra al otro lado del Jordán, y era preciso volver á pasar el rio para detener sus progresos,

Se encuentra Judas con una tropa de Árabes,
y son derrotados.



Judas tomó el camino del Jordán con sus tropas; mas apenas habian andado nueve estadios, marchando contra Timoteo, cuando se hallaron acometidos por una tropa de Árabes en número de cinco mil hombres de á pié y quinientos de á caballo. Luego se trabó una fuerte refriega, que con la proteccion del Señor dió á Judas una nueva victoria. Despues de haberlos derrotado, le pedian los que habian quedado con vida que les diese la paz, prometiendo ellos, que darián alimentos á las tropas, y las asistirían con todo lo necesario en cualquier tiempo. Judas, creyendo que en muchas ocasiones le podrian ser útiles, les concedió la paz, y dadas las manos derechas, los Árabes se retiraron á sus tiendas y Judas siguió su camino.

Toma de la ciudad de Casfin al otro lado del Jordán.

Pasó el Jordán y fué á poner sitio á la ciudad de Cas-

fin habitada por una mezcla de diferentes naciones. Era una plaza fuerte rodeada de altos muros, y de puentes atrincherados. Los que la ocupaban, fiando en la firmeza de estas defensas y en la abundancia de sus provisiones, no se defendian con vigor, y se contentaban con insultar á Judas con maldiciones y con blasfemias, diciendo lo que no puede hablarse. Mas el Macabeo, habiendo invocado al gran Rey del mundo, que en tiempo de Josué sin arietes ni máquinas derribó á Jericó, acometió con furor, rompió sus puentes y sus muros, y habiendo tomado la ciudad por voluntad del Señor, dice el texto sagrado, hizo en ella tan gran mortandad, que un estanque vecino de dos estadios de anchura, aparecia teñido de la sangre de los blasfemos.

Guerra con el general Timoteo en el pais de Galaad y su derrota.

Era Timoteo á quien buscaba Judas, persuadido de que derrotar su grande ejército seria dar fin á la guerra en aquel pais de un solo golpe; y esto procuraba. Supo en Casfin que se habia dejado ver al norte de la tierra de Galaad, casi treinta leguas de distancia. Empezó luego la marcha, las anduvo en poco tiempo con su ejército, y llegó á los contornos de Characa, terreno habitado por los Judíos que llamaban Tubianeos. Timoteo en efecto habia estado allí; pero como los Judíos se habian encerrado en sus fortalezas, y por otra parte supo que Judas venia con su ejército, se retiró contentándose con dejar en la plaza mas fuerte del pais una guarnicion de diez mil hombres. Dositeo y Sosipatro, oficiales principales del ejército de Judas, la acometieron con sus tropas, la asaltaron, la tomaron y mataron los diez mil hombres que Timoteo habia dejado para defenderla.

Las tropas de Judas se componian de seis mil hombres. Formó de ellas doce batallones, cada uno de quinientos soldados.

Puso al frente de cada batallon uno de sus mas valientes oficiales, y colocándose á la cabeza de su pequeño ejército, se dirigió contra Timoteo, que tenia ciento y veinte mil hombres de infanteria y dos mil y quinientos de caballeria. Cuando Timoteo supo la marcha de Judas y que venia á atacarle, envió las mujeres, los hijos y el resto del bagaje á un castillo llamado Carnion, que era de los inexpugnables y ni aun se podia acercar ejército á su entrada por la estrechura de los desfiladeros que le rodeaban. Entretanto Judas llegaba, y apenas se dejó ver el primer batallon, un pavor repentino, causado por una particular presencia de Dios, se apoderó de los enemigos, y tomaron la huida unos sobre otros, atropellándose, derribándose y muriendo una gran parte oprimida, hollada y sofocada por la otra. Al mismo tiempo Judas les cargaba de recio con todo su ejército, y dejó tendidos por los campos hasta treinta mil de estos profanos. El mismo Timoteo no pudo librarse de la confusion y el atropellamiento, y cayó en manos de la tropa que mandaba Dositeo y Sosipatro. Conducido á la presencia de estos dos comandantes les rogó con grandes instancias, que le concediesen la vida, porque tenia en su poder muchos padres y hermanos judíos, los cuales, muerto él, quedarian sin esperanza de vida, ó á lo menos de libertad; y dándoles Timoteo palabra de que se los restituiria, le dejaron ir salvo para salvar á sus hermanos; porque el castigo del enemigo, por mas justo que fuese, se les hizo imposible, luego que vieron que era preciso ejecutarlo á costa de la sangre preciosa de sus hermanos. Entretanto Judas seguia á los enemigos con la espada sobre ellos y entró con ellos en el fuerte de Carnion, matando aun otros veinte y cinco mil, y quedando á su discrecion las familias y bagajes que habia retirado Timoteo á aquella fortaleza. Una derrota tan completa quitó por mucho tiempo á los paganos de Galaad la gana de volver á declararse contra los Judíos.

Deshecho el numeroso ejército de Timoteo y castigados tan ejemplarmente los enemigos del país de Galaad, aceleró Judas su vuelta á Jerusalem con su victorioso ejército, para ofrecer al Señor en su templo sacrificios de acciones de gracias por los grandes y continuos triunfos que les había dispensado, y para celebrar la fiesta de Pentecostes que se acercaba. Parece increíble la prontitud con que Judas dió fin á tan gloriosas empresas. En menos de dos meses había castigado á los habitantes de Jope y de Jamnia, batido á los Árabes, pasado el Jordán, tomado la fortaleza de Casfin y otras, derrotado á Timoteo, deshecho y casi exterminado su ejército, y se hallaba de vuelta en Jerusalem. Pero ¡qué no pueden los ejércitos que se ponen bajo la protección del Señor! Sus victorias no les cuestan sino tantos actos de confianza en su Majestad, cuantas son las plazas que tienen que rendir, y las batallas que tienen que dar.

Otra guerra con el general Gorjias y otra victoria de Judas.

No tomó Judas mas descanso en Jerusalem que el necesario para ofrecer sus víctimas y celebrar la solemnidad de la fiesta. No tenia en olvido los insultos de Jope y Jamnia, ni la liga que contra su nación había formado toda la costa marítima con los Idumeos. Gorjias estaba á la cabeza de ella, como Timoteo había estado á la de Galaad, y aunque no fuese tan numeroso su ejército, él era por su destreza enemigo mas temible. Judas determinó domarle tan bien de una vez, que escarmentase para siempre. Escogió solamente tres mil de sus valientes de infantería, y cuatrocientos de caballería, porque el teatro de la guerra era llano; y con ellos fué á presentar la batalla. El combate fué obstinado y la victoria estuvo dudosa por algun tiempo. En esta ocasion vió Judas con suma inquietud lo que nunca había experimentado desde que mandaba las tropas del pueblo de Dios. Siempre

había vencido sin pérdida, y ahora veía en el campo un número, aunque pequeño, de sus soldados muertos. Esta pérdida afligió extremadamente al general, pero no le turbó; antes faltó poco para que Gorjias perdiese con este motivo la libertad ó la vida. Orgullosa este general pagano al ver muertos algunos soldados de Judas, avanzó demasadamente entre los combatientes, y un soldado judío de á caballo, llamado Dositeo, hombre de mucho valor, conoció á Gorjias, rompió por entre los enemigos, le asió; pero en vez de matarle, como pudiera, se esforzaba por hacerle prisionero. Entonces otro soldado de á caballo, de Tracia, viendo el peligro de su general, corrió á Dositeo y le derribó un hombro de un golpe de sable, desprendiendo así de sus manos á Gorjias, quien asustado huyó á todo correr á la considerable ciudad de Maresa. No llevó la huida de Gorjias trás de sí la del ejército, como sucede comunmente en semejantes lances; aun se defendió este largo tiempo, y llegó á rechazar el ala derecha de los Israelitas, y á ponerla en tanto peligro, que tuvo Judas que acudir á su socorro. Ocupó el frente del cuerpo de ejército que balanceaba; pidió al Señor que fuese su ayuda y su guía, y levantando su voz (en lengua patria que no entendian los gentiles), cantaba con sus soldados himnos y salmos á grandes gritos. Su ademan imponente, su voz tronante, sus clamores al Cielo, y sobre todo el terror del Señor, asustaron á los enemigos de tal modo, que no pudieron sufrir su vista y huyeron cada uno por donde pudo.

Se descubre al enterrar los cadáveres de los soldados de Judas, muertos en esta guerra, un hurto idolátrico.

Conseguida en fin por Judas la victoria, que con tanto empeño se le había disputado, reunió sus gentes, que no estaban menos admiradas que su general de tanta resistencia, y las condujo á la ciudad de Odolan, no léjos de

Maresa, donde Gorjias se habia refugiado; y sobreviniendo el día sétimo, purificados segun costumbre, celebraron allí el sábado. El día siguiente vinieron al campo de batalla para llevar los cuerpos de los que habian muerto en el combate, y enterrarlos en los sepulcros de sus padres; y hallaron ¡qué sorpresa tan sensible! hallaron bajo de las túnicas de los muertos idolatrías, esto es, alhajas ofrecidas á los ídolos que habia en Jamnia. Esto les alligó en gran manera; pero hizo que no les sorprendiese ya su muerte. Prohibia la ley expresamente que se tomase cosa alguna dedicada á los ídolos, ó que hubiese servido para su culto. Cuanto se hallase de estas cosas debia quemarse, y cualquiera que contravenia á esta ley era reo de muerte. Dios se habia hecho aquí justicia, y conociendo todos que estos infelices habian recibido de mano de los enemigos el castigo de su codicia, bendijeron al Señor por sus justos juicios, le rindieron humildes gracias por haber hecho pública, para instruccion de los demás, la prevaricacion que los culpables habian procurado ocultar, y puestos en oracion rogaban al Señor que fuese entregado á un eterno olvido el pecado que habian cometido.

Piedad de Judas y su ejército para con los muertos.

Con este motivo el valerosísimo Judas exhortaba á todos á que se conservasen sin culpa, viendo lo que habia sucedido por sus pecados á los que habian sido muertos; y á que tuviesen compasion de sus difuntos hermanos, que habiendo muerto peleando y combatiendo como buenos Israelitas en defensa de la religion y del templo, era de esperar que el Señor les habria concedido, sino á todos, á muchos ó á lo menos á algunos, la gracia de que reconociesen y detestasen de corazón su delito antes de morir y muriesen en su divina amistad, aunque sin haber satisfecho enteramente las penas

temporales debidas á sus culpas; y para aliviar ó pagar por ellos estas penas temporales, les exhortaba á que cada uno concurriese con lo que le inspirase su piedad para ofrecer en el templo al Señor sacrificio de expiacion por sus almas.

Su esperanza de la resurreccion.

El Señor bendijo la exhortacion del general, y se colectaron ó reunieron hasta doce mil dracmas de plata (veinte y cuatro mil y seiscientos reales), que envió Judas á Jerusalem para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habian muerto, pensando, dice el texto, bien y religiosamente de la resurreccion (pues si no esperara que habian de resucitar aquellos que habian muerto, superfluo pareceria y vano orar por los muertos); y porque consideraba que los que habian muerto en la piedad, tenian reservada una preciosísima gracia.

Es santo y saludable rogar por los muertos.

Santa es, pues, concluye el historiador sagrado, y saludable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados. Tal es acerca del Purgatorio y de la oracion por los muertos el artículo de fe, profesado por el pueblo de Dios desde el principio del mundo, y por el pueblo cristiano desde el nacimiento del cristianismo.

Judas se determina á emprender la conquista del alcázar de Sion.

Despues de haber cumplido Judas y su valiente y religiosa tropa con este acto de piedad para con sus her-